

risiense se lee la satisfacción de ser comparsa del teatro en que se ofrece al mundo tan grande espectáculo, y la conciencia de que es objeto de admiración; lo cual les hace ser verdaderamente admirables. La gran ciudad representa la coqueta, se empeña en contestar á todo el mundo, y, con efecto, provee á toda costa y á cada paso á todas las necesidades y todos los caprichos. Hay una verdadera fiebre por esta fiesta del trabajo. El trabajo, la paz, la gran fraternidad y la gran hospitalidad, son palabras que se oyen por todas partes. Bajo estas palabras, acaso (ó mejor, con seguridad) se oculta otro sentimiento, que es el amor propio, herido en otra gloria, consagrándose por completo á la gloria presente, para echar un velo sobre la primacía perdida en el pasado, que guardan con cariño en el fondo del alma.

Es prodigioso ver cómo esta ciudad, que un día parecía abrumada bajo el peso de las maldiciones de Dios, vuelve á estar después de siete años tan brillante, tan majestuosa y tan llena de vida, de oro y de gloria. Al llegar se experimenta una sensación inesperada. El viaje era para ver la Exposición como objeto y fin principal;

pero apenas se llega, es lo de menos: París que la hace, la deshace.

A decir verdad, se piensa que allá abajo, en un confin de la gran ciudad, hay un inmenso palacio improvisado que encierra innumerables maravillas; pero se piensa en él casi con disgusto, como un importuno que quiere impedir el disfrutar de París y apartarnos de él. El primer día me era odioso hasta las vistas del Trocadero. Así es que en el Campo de Marte, cuando estáis extasiados contemplando á una hermosa inglesa que trabaja, apenas os dignáis echar una mirada sobre la ingeniosa máquina que brilla.

*
* *

Por fin llegamos al Sena. ¡Qué grande y saludable ambiente!—¡Qué hermoso está siempre este gran camino azulado que huye, reflejando los alegres colores de sus mil casas flotantes, entre las dos altas orillas coronadas por colosos de piedra!—Delante y detrás de nosotros, los inmensos puentes confunden sus arcos de variadas formas, y las negras hileras de gente que se mueven detrás de sus parapetos; debajo,

las embarcaciones cubiertas de pasajeros, se persiguen; las turbas de gente bajan continuamente las escaleras de los muelles y se agolpan en las estaciones; y la voz confusa de la muchedumbre se mezcla con los cantos de las lavanderas que están en los lavaderos, con el de las trompas y de las campanas, con el rodar de los coches en los muelles y con el lamento del río y el murmullo de los árboles de ambas orillas agitados por una brisa que hace sentir el fresco del campo y del mar. El Sena trabaja también por la «gran fiesta de la Paz»; y alguien diría que despliega, con más benevolencia que de ordinario, su majestad real y maternal entre las dos partes de París que le contemplan.

* * *

Al llegar á este punto, ya no pudo resistir mi compañero á la tentación que le inspiraba *Nuestra Señora*, y subimos á una de sus torres para ver *al monstruo*.

¡Gran cosa para calmar nuestros pensamientos! A estas ciudades hay que dominarlas del único modo posible, que es con la vista. Subimos á lo más alto de la

torre de la izquierda, donde deliraba Quasimodo, caballero en la campana, y nos apoyamos en la balaustrada de hierro. ¡Qué inmensidad! París llena el horizonte y parece que quiere cubrir toda la tierra con las inmóviles ondas grises de sus tejados y sus muros. El cielo estaba tempestuoso; las nubes arrojaban por todas partes manchas de sombra, que cubrían espacios tan grandes como Roma, y en diferentes direcciones aparecían las montañas, los valles y los altos pisos de las casas, doradas por el sol. El Sena brillaba como una faja de plata de un extremo á otro de París, rayado de negro por sus treinta puentes, semejantes á hilos tendidos de una orilla á otra, y surcado por sus cien embarcaciones que parecían hojas flotantes. Debajo de nosotros veíamos la masa melancólica de la catedral, las dos islas, las plazas negras, como si estuviesen llenas de hormigas; la armazón del futuro *Hotel de Ville*, parecida á una gran jaula de pájaros, y el desmesurado reclamo insolente de un vendedor de ropas hechas que salta á los ojos á mil dociientos metros de distancia.

Aquí y allá se divisan las grandes manchas verdes de los cementerios, de los jar-

dines y de los parques, como islas verdes en medio de este Océano, y muy lejos, en los límites del horizonte, á través de la bruma violácea, los inseguros contornos de barrios humeantes, detrás de lo que no se ve ya nada, aunque todavía se adivina París.

Hacia otros lados, otros inmensos barrios colocados en las alturas como ejércitos, prontos á bajar, llenos de tristezas y amenazas; y en el valle del Sena, entre una claridad un poco velada, y como entre una polvareda luminosa, vense á tres millas de distancia los colosales y transparentes edificios del Campo de Marte. ¡Qué vertiginosas miradas lanzábamos de Belleville á Ivry, del bosque de Boulogne á Pantín y de Courbevoie al bosque de Vincennes, saltando de cúpula en cúpula, de torre en torre, de coloso en coloso y de siglo en siglo, acompañados como por la música de la enorme respiración de París! Querido y pobre nido de mi pequeña familia, ¿dónde estás?

Por fin me dijo mi amigo:—Descendamos de nuevo al infierno,—y volvimos á sumergirnos en la obscuridad de la interminable escalera de caracol, donde un golpe

inesperado de la gran campana de Luis XIV nos hizo saltar el corazón y el pulso como si fuera un cañonazo.

*
**

Volvimos á los *bulevares* á la hora de comer, á cuya sazón es tan grande el movimiento, que no podemos formarnos idea de él. Los carruajes pasan de seis en fondo, en filas de cincuenta, por grupos y por masas compactas que se desparraman por las calles laterales, produciendo un ruido sordo y monotonó semejante al de un inmenso tren que no tuviese fin. A esta hora toda la vida alegre de París afluye allí, de todas las calles vecinas, de las plazas y de los pasajes; centenares de ómnibus llegan del Trocadero y descargan, así como los carruajes que vienen de los muelles con numerosas turbas. Las oleadas de gente atraviesan el *bulevar* á riesgo de dejar los huesos en el paso, se agolpan en las aceras, asaltan los kioscos donde se distribuyen miriadas de periódicos, se disputan las sillas de los cafés y rebosan en las bocacalles.

Ya se encienden las primeras luces y

comienza el gran banquete. Por todas partes suenan los cristales y centellea la plata sobre los blancos manteles extendidos á la vista del público. Ráfagas de perfumes gastronómicos salen de los grandes restaurants, cuyos pisos superiores se iluminan, dejando ver trozos de salas brillantes y sombras de mujeres que se perciben á través de las cortinas de encaje. Una atmósfera caliente y muelle, como la de un teatro, se esparce impregnada de aromas de cigarros habanos, del ajenjo que verdea en diez mil copas, de los perfumes que exhalan los almacenes de flores, del almizcle de las cabelleras femeninas: ¡olor peculiar de los *bulevares* de París, que tiene algo de hóspedería y de alcoba, y que se sube á la cabeza!

Los coches se detienen, y descienden de ellos las *cocottes* con sus vestidos de largas colas, por entre dos hileras de curiosos, desapareciendo como flechas dentro de los restaurants. Dentro de los cafés resuenan las risas argentinas y forzadas de las que están en reunión. Las parejas atraviesan audazmente la multitud. El público comienza á oprimirse en dobles filas á las puertas de los teatros. La circulación se interrum-

pe á cada instante. Es preciso marchar en zig-zag, rechazando suavemente los codos y los vientres, en medio de un bosque de sombreros negros, de sobretodos, de faldas, de grandes chalecos bajos y pecheras relucientes, teniendo cuidado sin cesar con los pies y las colas, entre un murmullo sordo, en el que dominan las detonaciones de las botellas que se abren y sufriendo la fina polvareda que produce este terrible asfalto.

Esto ya no es ir y venir, es una ebullición, una agitación febril, como si debajo de la calle estuviera encendido inmenso horno. Esta es una fiesta fatigosa, un reposo que tiene toda la apariencia del trabajo, y al verlo, se diría que todos temen no llegar á tiempo al gran festín. El espectáculo se reanima á cada minuto. El movimiento de los carruajes se parece á la desordenada fuga de un ejército derrotado; los cafés brillan como fábricas; entáblanse tiernos coloquios en la sombra; todo se agita y se extremece en esta semiobscuridad que no ha logrado vencer el alumbrado nocturno; y un no sé qué de voluptuoso se cierne en el aire mientras la noche parisiense, cargada de locuras y de pecados, prepara sus famosas emboscadas. Este es el momento en que

la gran ciudad se apodera de vosotros y os subyuga aunque seais los hombres más austeros de la tierra. Esto es lo que llama Gioberti *lenocinio gallico*. Una mano invisible os acaricia, una dulce voz os habla al oído, una chispa recorre vuestras venas, un impulso irresistible os arroja en el abismo...; y cuando ya pasó el impetu, se va uno á comer perfectamente por dos pesetas setenta y cinco céntimos.

*
* *

La misma comida constituye un espectáculo para el que, como nosotros, se encuentra, sin pensarlo, en un gran restaurant alumbrado como un teatro y compuesto de una sala única, rodeada por una espaciosa galería, en la que están esparcidas más de quinientas personas que hacen el ruido de una reunión de buen humor.

Y en seguida llega la última escena de la maravillosa representación que comenzó á las ocho de la mañana en la plaza de la Bastilla: la noche de París.

*
* *

Volvamos al corazón de la ciudad. Aquí puede decirse que vuelve á lucir el día. Esto no es ya una iluminación, es un incendio. Los *bulevares* arden, y todos los huecos de las casas parecen fuego, hasta el punto de que, cerrando á medias los ojos, creemos ver á derecha é izquierda dos hileras de hornos encendidos. Los almacenes lanzan haces de viva luz que llegan al medio de la calle, y envuelven á la multitud en una nube de polvo de oro. De todas partes llueven rayos de luz que hacen brillar las letras doradas de las muestras y los relucientes revestimientos de las fachadas, como si fuesen fosforescentes. Los kioscos que se extienden en dos líneas sin fin, iluminados por dentro, y con sus vidrios de colores, que les hacen parecer enormes linternas chinas depositadas en tierra ó teatrillos de muñecos, transparentes, dan á la calle el aspecto infantil y fantástico de una ciudad oriental. Los infinitos reflejos de los cristales, los mil puntos luminosos que aparecen por entre las ramas de los árboles, las inscripciones de fuego que resplandecen en las fachadas de los teatros, el rápido movimiento de las innumerables linternas de los carruajes, que simu-

lan millares de luciérnagas arrebatadas por el viento; los grandes salones brillantes con sus balcones á la calle; los almacenes que parecen minas de oro ó plata incandescentes; los árboles que semejan juegos de pirotecnia, todas estas magnificencias teatrales contorneadas por los verdos, que tan pronto ocultan como dejan ver las iluminaciones lejanas; toda esta luz interrumpida, reflejada, mezclada, inquieta, reunida en torrentes y distribuida en diamantes y en estrellas, produce por primera vez una impresión indescriptible. Parece que se ve un solo é inmenso fuego que ha de apagarse repentinamente y dejar á la población sepultada entre humo.

En las aceras no hay ni señal de sombra, pudiéndose coger una aguja del suelo. Todas las caras están iluminadas. La propia imagen se refleja en todas partes, y se ve todo lo que hay en los cafés, hasta los últimos espejos de los gabinetes reservados, rayados por los diamantes de las bellas pecadoras. Entre la muchedumbre abunda el bello sexo, que durante el día parecía en menor número. Lánguidas y eserutadoras miradas se cruzan por todas partes. El espacio que hay delante de cada café es el

patio de un teatro cuyo escenario es el *bulevar*; todos los rostros están vueltos hacia la calle, y es curioso que no se oye ruido alguno, excepto el que produce el rodar de los coches. Se mira mucho y se habla poco ó en voz baja, como por respeto al lugar en que se está, ó bien porque tanta luz impone cierta reserva. Reina cierto silencio aristocrático. Vais andando siempre en medio de un incendio, entre una turba que se mueve y otra turba sentada, y os parece que pasáis de un salón á otro, en un inmenso palacio descubierto, ó á través de una serie de *patios* españoles, entre la pompa de un baile donde hay un millón de convidados, sin saber cuándo llegaréis á la salida, ni tampoco si la hay.

*
* *

Poco á poco habéis llegado á la plaza de la Ópera.

Aquí el París nocturno os ofrece uno de sus más hermosos efectos de escena. Tenéis enfrente la enorme fachada dorada del teatro, que resplandece con sus lámparas colosales situadas en sus elegantes intercolumnios. Frente al teatro desembocan las

calles de Auber y de Halévy; á la derecha, el *bulevar* de los Italianos; á la izquierda el de *Capucines* iluminado, que se prolonga entre las dos paredes ardientes del de la Magdalena; y volviendo la cabeza, véis tres grandes calles divergentes que os deslumbran como tres abismos luminosos: la calle de la Paz, toda esmaltada de oro y joyas, en cuyo fondo se levanta sobre el cielo estrellado la negra masa de la columna Vendôme; la avenida de la Ópera, inundada de luz eléctrica, y la calle del Cuatro de Septiembre, que brilla con luces innumerables. Siete filas continuas de carruajes que salen de los *bulevares* y de las cinco calles, cruzándose con furia en la plaza; una turba llega y otra huye bajo una lluvia de luz rosada y blanca esparcida por grandes globos de cristal pulimentado, que hacen el efecto de guirnaldas de lunas llenas, y coloran los árboles, las altas casas, la multitud, con tintas extravagantes y misteriosas como las de la escena final de un baile fantástico.

En este sitio se experimenta durante algunos instantes una sensación parecida á la del *haschiss*. Este rosetón de calles centelleantes que conducen al teatro Francés,

á las Tullerías, á la plaza de la Concordia y á los Campos Elíseos, que traen á vuestros oídos las voces de la gran fiesta de París, que os llaman y os atraen hacia siete puntos distintos como siete majestuosas entradas de palacio encantador, encienden en vuestra cabeza y en vuestros huesos el furor de los placeres. Quisierais verlo todo y estar á la vez en todas partes; oír de labios del gran Got el sublime *efface* de *Los Fourchambault*, divertiros en Mabilie, nadar en el Sena y cenar en la Maison-Dorée; quisierais volar de escena en escena, de baile en baile, de esplendor en esplendor, prodigar el oro, el Champagne y las agudezas y vivir diez años en una noche.

*
*
*

Y, sin embargo, no es este el mejor espectáculo de la noche. Al llegar á la Magdalena se toma el camino de la calle Real, se desemboca en la plaza de la Concordia, y una vez en ella se os escapa el mayor grito de admiración que París puede arrancar de labios de un extranjero. No hay, seguramente, en ninguna ciudad de Europa otro sitio donde los encantos de la luz, del

arte y de la Naturaleza se unan tan maravillosamente para constituir un espectáculo que arrebatara la imaginación. A la primera ojeada es imposible darse cuenta de nada, ni de los límites de la plaza, ni del sitio en que se está, ni de lo que se ve.

Esto es un inmenso teatro abierto en medio de un inmenso jardín de fuego que trae á la memoria el campamento iluminado de un ejército de trescientos mil hombres. Al llegar al centro de la plaza, al pie del obelisco, entre las dos fuentes monumentales, se ve á la derecha, entre los dos grandes edificios de columnas de Gabriel, la espléndida calle Real, cerrada en el fondo por la soberbia fachada de la Magdalena; á la izquierda, el puente de la Concordia, que desemboca frente al Cuerpo Legislativo, iluminado por torrentes de luz eléctrica. Al otro lado se ve la inmensa mancha oscura de los jardines imperiales, coronada de guirnaldas de luces, detrás de las que se alzan las negras ruinas de las Tullerías; y en el lado opuesto, la majestuosa avenida de los Campos Eliseos, cerrada por el arco de la Estrella, llena de luces de carruajes, que parecen luciérnagas, y guarnecida en ambos lados por dos

bosques sembrados de bulliciosos cafés y teatros.

Cuando se ve todo esto, cuando se abarcan de una ojeada las iluminadas márgenes del Sena, los jardines, los monumentos, la gente que viene de los puentes, de los *bulevares*, de los bosquecillos, de los muelles y de los teatros, y que murmura confusamente en todos lados de la plaza; con esta luz extraña, entre los juegos de agua y las argentadas cascadas, en medio de estatuas y gigantescos candelabros, de columnas rostrales, de la verdura y del aire límpido y perfumado de una hermosa noche de verano, se comprende toda la belleza de este sitio, único en el mundo, y no se puede dejar de exclamar:

«¡Oh, París, ciudad querida y maldita! ¡Sirena desvergonzada! ¿Es cierto, pues, que hay que huir de ti como de una furia, ó adorarte como á una diosa?»

* * *

Desde allí nos dirigimos á los Campos Eliseos, circulando entre los teatros al aire libre, los kioskos, los alcázares, los circos, los conciertos y los caballos de madera,

siguiendo interminables avenidas llenas de gente, desde donde se oían los ruidosos sonidos de las orquestas, los aplausos y las risas de las galerías de los teatros, llenas de bebedores, y las voces chillonas de las cantantes, y se veían á través del follaje los opulentos hombros y los vestidos de bohemias en medio de las brillantes escenas orladas por los árboles.

Queríamos verlo todo hasta el final.

Cuanto más avanzábamos, más se ensanchaba y se alargaba esta bacanal nocturna; detrás de cada grupo de árboles surgía un nuevo teatro y nuevas luces, y á la vuelta de cada avenida encontrábamos un nuevo foco de alegría...

Pero, por otra parte, mi buen Giacosa me pedía misericordia con voz lastimera hacía un rato, y me decía que sus ojos se cerraban y su cabeza ya no podía tenerse sobre los hombros.

Volvimos, pues, á la plaza de la Concordia; nos quedamos contemplando un momento, como una maravilla, la calle de Rivoli, iluminada como una sala de baile, en una extensión de dos millas, y voivimos después de media noche á los *bulevares*, todavía resplandecientes, bulliciosos y ale-

gres como á primera hora de la noche, como si empezara el día bullicioso, ó como si la gran ciudad hubiera *matado el sueño* para siempre y estuviese condenada por Dios al suplicio de una fiesta eterna. Y de allí dimos con nuestros huesos en el hotel.

Hé ahí cómo pasamos el primer día en París.

